

de Lázaro. Se explica en la Introducción que, de acuerdo con el objetivo de la colección «Lire la Bible», trata de presentar una exégesis rigurosa, al mismo tiempo que procura actualizar el valor y el sentido que el texto tiene para el hombre de hoy. «La lecture proposée voudrait éviter un double écueil. Ni commentaire d'exégèse s'en tenant séchement à décortiquer les textes sans se préoccuper de les faire parler pour aujourd'hui. Ni considérations édifiantes développées à l'occasion des textes mais coupées de véritables contacts avec eux» (p. 9).

Estima que la predicación ha de buscar la actualización del testimonio de fe, dirigido en el Nuevo Testamento a una determinada época, en un tiempo distante también en el espacio. Señala que el testimonio evangélico no ha sido formulado par informar a los hombres, sino para conseguir transformarlos (cfr. p. 11). En la misma predicación apostólica ocurría algo semejante. Las parábolas que el Señor predicó ante las muchedumbres de Galilea fueron predicadas luego ante un auditorio diverso, lo que conllevaba una adecuación a los nuevos oyentes (cfr. p. 13).

Con estos principios, el autor se adentra en el estudio de los textos señalados, tan llenos de contenido teológico. Tras el estudio exegético, ensaya diversas aplicaciones pensando en un determinado público. Y es aquí donde no es fácil acertar, ya que es difícil hacer unas aplicaciones concretas a un auditorio que ciertamente ni es siempre el mismo, ni es homogéneo la mayoría de las veces. De todas formas, son materiales que pueden ayudar a perfilar la homilía de los domingos estudiados.

A. García-Moreno

J. P. CHARLIER, *Comprendre el Apocalipsis*, Ed. Desclée, Bilbao 1993, 2 v., 278 y 253 pp., 13, 5 x 21.

Estima el a. que los comentarios que hay al Apocalipsis «unos son demasiado complicados y otros demasiado sumarios. Yo he intentado dar satisfacción a un público exigente, pero frecuentemente poco inclinado a sumergirse en la lectura de unas obras tan eruditas como indigestas» (p. 8). Por otra parte, dice con cierta amarga ironía que «hay exégetas, hasta tal punto modestos, que abandonan la pluma, creyendo acabada su misión, cuando han concluido el desbrozo técnico del texto. Piensan que acaba su misión justamente en el punto en que empieza a ser interesante. Yo no he tenido esa modestia; por mi parte tengo el afán de ver desplegarse la exégesis en predicación. He practicado a conciencia el interrogatorio técnico al texto griego del apocalipsis, pero también he escuchado las respuestas con el objeto de poder retraducirlas; a menudo he propuesto en este comentario una serie de síntesis breves, que pretenden ser el eco fiel del mensaje, es decir, de las actitudes y de las esperanzas propuestas por Juan a nuestras iglesias y a nuestra fe» (p. 8-9). Esta declaración de intenciones nos parece sumamente interesante, así como la crítica que hace a muchos trabajos que, aun reconociendo su gran valor, se quedan a mitad de camino al no avanzar por el terreno del contenido teológico y doctrinal del texto bíblico. De todas formas, he sacado la impresión que el objetivo del a. no se logra del todo, pues son escasas las aplicaciones a la vida que, al menos de modo expreso, se hacen (cfr. pp. 118. 133. 274 en el v. I, y pp. 9. 37. 104. etc).

Defiende la unidad y riqueza del contenido teológico del último libro del canon bíblico, en contra de quienes se empeñan en ver diversos niveles redaccionales, o afirman la carencia de un orden. «Algunos descubren dos, tres, cuatro o incluso más redacciones separadas, reunidas, finalmente, en un conjunto, que no sería sino un barullo inextricable.

Es posible. Yo me inclino con respeto delante de unos investigadores tan eruditos como, a mis ojos inútiles. La arqueología del texto, el estudio del pretexto o de los pre-textos no ha retenido mi atención y, por tanto, no hablaré de ello. Por dos razones, una tiene que ver con la fe y otra con el sentido común. El texto de que disponemos es aquel que el Espíritu ha entregado a las Iglesias. Es ese texto, cuya tradición ha sido marcada por el Espíritu, el que está inspirado y el que, consecuentemente, sigue inspirando todavía hoy a la Iglesia. Que haya habido bosquejos sucesivos en la redacción es posible e incluso probable, pero esta tarea de disección no interesa, en último extremo a los fieles: sólo el mensaje teológico definitivo cuenta para ellos. En segundo lugar, el sentido común está autorizado a pensar que la redacción final no ha sido confiada a un chupatintas carente de inteligencia y de talento literario. *A priori* resulta dudoso que este redactor final se haya contentado con ofrecer a la historia un embrollo carente de forma» (p. 20). Me sumo a sus observaciones, tan atinadas como poco comunes.

No estamos de acuerdo, sin embargo, con las razones que da para sostener que el Apocalipsis no pudo ser escrito por S. Juan. Dice que una de las características del género apocalíptico es la *pseudonimia*, ya que de lo contrario la autoridad contra la que se escribe podría localizar al autor del escrito y condenarlo (cfr. p. 16). Esto es cierto, pero en el caso de los apóstoles, e incluso de muchos cristianos después, no hubo miedo a jugarse la vida por ser fieles al mandato de Cristo de proclamar el Evangelio. Esto no quiere decir que el argumento carezca de verisimilitud, pero sí de fuerza demostrativa irrefragable. Por otra parte, tenemos la tradición que atribuye el Apocalipsis a Juan, digna de consideración, incluso habida cuenta de los datos en contra que en la misma tradición se

dan, siendo el Apocalipsis uno de los libros deuterocanónicos. No obstante, insistimos en que los argumentos aducidos contra la autenticidad tienen valor de hipótesis, pero no de tesis.

La división que presente en p. 24, apoyado en cinco septenarios, nos parece aceptable (cfr. p. 24). Luego la completa insistiendo en el orden chiástico que presenta la obra. En algunos aspectos ese orden se reconoce, sin embargo no siempre dicho orden resulta claro. Tampoco las interpretaciones propuestas son convincentes. Así no se ve bien que en Apc 11, 15-18 se hable de la Encarnación (cfr. p. 233. 238). Tampoco nos parece aceptable el rechazo que hace de la interpretación eclesiológica de Apc 12 (cfr. p. 240). Las interpretaciones que él propone son interesantes y válidas, pero la riqueza de la polisemia joánica, máxime en el Apocalipsis, permite dicha interpretación eclesiológica, sin que sea óbice algún que otro aspecto que no cuadra del todo en el símbolo. Pero eso ocurre también con la interpretación mariológica, sin que por ello no sea correcta.

Al comentar Apc 21, 22 dice muy poco acerca de la condición de Templo nuevo que tiene Cristo, según se apunta ya en el Evangelio y que tiene su plenitud en el Apocalipsis con la entrañable figura del Cordero (cfr. v. II, p. 202ss.).

No obstante las observaciones apuntadas, el libro de Charlier es de gran valor para «comprender» un poco mejor el fascinante libro del Apocalipsis.

A. García-Moreno

Jean ZUMSTEIN, *L'apprentissage de la foi. A la découverte de l'évangile de Jean et de ses lecteurs*, Abonne 1993, 101 pp., 17 x 12. 5.

Después de una breve introducción en la que trata de la originalidad del IV